



UNA SOSPECHA.

Comedia en un acto, imitada del francés, por D. Ramon de Valladares y Saavedra, para representarse en Madrid el año de 1852.

PERSONAS.

- DOLORS, dama.
- CARMEN, graciosa.
- DON DISCO, barba.
- MARIANO, galán de caracter.
- FEDERICO, gracioso.

La escena pasa en Madrid y en nuestros días.

Sala pobremente amueblada. Puertas al fondo y laterales. Una ventana à la izquierda en primer término.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN, MARIANO.

(Carmen está cosiendo junto à una mesa. Mariano está de pie junto à la ventana, muy pensativo.)

MAR. (con impaciencia.) Oh! no vendrá! No vendrá!.. Estoy seguro de ello.

CAR. Pero, hermano, no te impacientes. No puede tardar.

MAR. Tardar!.. tardar!..

CAR. Si no temiese aumentar tu disgusto, te haría una pregunta.

MAR. Di lo que quieras si has de ser breve.

CAR. Es cierto lo que me ha contado tu compañero Federico?

MAR. Qué te ha dicho ese imbécil?

CAR. Me ha dicho, y yo no he querido creerlo, que si te han despedido de la oficina, es porque has faltado à tu deber en ella.

MAR. Dile à Federico que se mezcle en sus asuntos..

CAR. Pero es verdad?

MAR. Y tu tambien!

CAR. Mariano!..

MAR. Carmen!.. Hazme el obsequio de callarte!..

CAR. Por qué razon?

MAR. No estoy en el caso de dar explicaciones.

CAR. Qué caracter. Dios mio! Cada día peor.

MAR. Siempre contrariado! Yo pondré término à todo esto. (se pasa con despecho.)

CAR. Ahí está tu mujer. (Dolors entra por el fondo y se detiene cortada al ver à Mariano; viene en traje de calle.)

ESCENA II.

Los mismos, DOLORS.

DOL. (Ha vuelto!)

MAR. Parece que has salido mientras que yo no estaba en casa?

DOL. (con turbacion.) Si, Mariano... fui...

CAR. Tenía que hacer...

MAR. (à Carmen.) No es à ti à quien hablo (à Dolors) Y de dónde vienes?

DOL. Yo?... Vengo.. de .. de ..

CAR. De llevar las camisas à la tienda.

DOL. (algo mas animada.) Si!.. es verdad... Ya sabes que tengo que llevar la costura... que es nuestro único medio de subsistencia.

MAR. Y para eso se necesitan dos horas?

CAR. La habrán hecho esperar...

MAR. (à Carmen.) Te he dicho que no hablo contigo!..

DOL. Había otras antes que yo...

MAR. Y por eso vienes tan agitada?

DOL. Como desde aquí à la calle del Carmen ..

MAR. Y toda cubierta de polvo...

DOL. (Dios mio!)

CAR. Es claro! No ves como está Madrid con tantas obras!..

MAR. Ya te he dicho, Carmen, que à ti no te pregunto!.. Ya lo veo! Cuando dos mugeres están unidas...

DOL. Tienes razon!.. Estamos unidas para trabajar día y noche.

CAR. Para sostener la casa, porque el señor de ella no quiere hacer nada.

DOL. Carmen!

CAR. Pues no es verdad? A todo el mundo debemos... y nos falta hasta lo mas preciso .. pero qué le importa á ese hombre sin corazon?

MAR. Carmen!

DOL. Oh! Calla, calla por piedad!

CAR. No, déjame. . . Sufre y calla tú, que al fin tienes el trabajo de ser su esclava, pero, á Dios gracias, ni á él ni á ningun hombre pertenezco. Oh! Si yo fuese su muger, ya le haría trabajar aunque no quisiese!

MAR. (con ironía.) Bien, hermana, bien! Admiro tu comprension, y sobre todo, tu prudencia. (cogiendo el sombrero.)

DOL. A dónde vas?

MAR. Déjame!.. (se dirige á la puerta.)

DOL. Y nada me dices, Mariano? (Mariano sale rechazándola.)

MAR. Señora! . Déjeme usted. (vase.)

ESCENA III.

DOLORS, CARMEN.

DOL. Ves lo que has hecho, Carmen?

CAR. Con tal de no verle... No puedo sufrir á un hombre que no hace nada, mientras que nosotros. . . Y luego ese maldito vicio del juego, lo vuelve loco.

DOL. No puedo explicarte lo que tiemblo cuando viene de él. La menor cosa le contraria, le pone fuera de sí.

CAR. Ya se ve .. y como siempre dice que pierde....

DOL. Algunas veces tengo miedo... hasta de que me pegue.

CAR. Quién te lo hubiera dicho, hace dos años, cuando os casasteis? Tú, que pudiste hacer un soberbio casamiento, venir á ser la esposa de un hombre tan...

DOL. Por piedad, no hables de eso!

CAR. Sientes ya haberlo preferido?

DOL. Eso nunca! Bien sabes cuanto amaba á tu hermano. . .

CAR. Es que entonces era un joven apreciable, trabajador. . . el mejor oficial de su oficina, cuyo destino debió á tu tío don Diego.

DOL. Pobre señor!

CAR. Sí, pobre señor! Ahora te creerá muy feliz y no sabe. . . Mil veces he querido escribirte...

DOL. Oh! Guárdate muy bien de ello!.. Esos son algunos días malos que pasarán, porque tu hermano no me aborrece.

CAR. Y la prueba de ello es, que ha salido sin decirte nada!... Y precisamente hoy!

DOL. Qué quieres decir?

CAR. No sabes que hoy hace dos años que os casasteis?

DOL. (disimulando la sorpresa.) Calla! . Es verdad! Exactamente!

CAR. Si... Disimulas para disculparlo... Qué diferencia de este año al anterior, cuando te dió un precioso ramillete y unos magníficos pendientes de oro!

DOL. (Pendientes de oro!)

CAR. No lo digo por los pendientes, porque este año estamos sin un cuarto... pero el ramillete .. me parece que con tres ó cuatro reales...

(viendo que Dolores enjuga sus ojos.) Qué es eso? Estás llorando?

DOL. No .. nó... que disparate!

CAR. Y yo soy la causa recordándote!.. Vamos, hermana, no llores mas... Al fin y al cabo, tienes razon. . . Mariano te ama, y habrá salido para sorprenderte luego... (llaman en la puerta del fondo.) Han llamado... enjuga esas lágrimas .. Adelante! (Dolores se sienta junto á la mesa y se pone á coser.)

ESCENA IV.

Los mismos, FEDERICO con un ramillete atroz.

CAR. Ah! Es nuestro vecino, Federico...

FED. Está usted buena, doña Carmen?

CAR. Bien, gracias

FED. La señora doña Dolores me permitirá...

DOL. Qué me manda usted, don Federico?

CAR. (El ha pensado y Mariano no!) (bajo á Federico) Diga usted que ese ramo no es suyo!

FED. (asombrado.) Cómo! Qué este ramo no es mio?

CAR. (id.) Silencio.

DOL. Qué decía usted?

CAR. Con que dice usted, que ese ramo no es suyo?... (á Federico que la mira asombrado) No se calle usted!..

FED. (cortado.) Si... si... este ramo es... es... un ramo.

CAR. (bajo.) De Mariano.

FED. (asombrado.) De Mariano! Si... si... si... si...

DOL. (tomando con rapidez el ramo.) Cómo!.. Es Mariano el que ha encargado á usted que me lo traiga!.. (á Carmen.) Y tú siempre en contra suya!

CAR. Que quieres! Me he equivocado. (Pobre Dolores!)

FED. (que ha quedado estupefacto, dice á Carmen.) Pero...

CAR. (bajo.) Callese usted!

FED. (Es cosa fuerte! Cuando me ha costado seis reales y tres cuartos. . .)

DOL. Ya soy feliz, por hoy .. (examinando el ramo.) Y es magnífico!.. Voy á ponerlo en agua!.. (entra á la derecha.)

ESCENA V.

FEDERICO, CARMEN.

FED. Señora doña Carmen .. Tengo que decirle á usted.. que ese ramo...

CAR. Qué?

FED. Es mio .. mio, y muy mio!

CAR. Ya lo sé...

FED. Y en ese caso...

CAR. En ese caso .. compra usted otro y está todo concluido.

FED. Eso es!.. Compra usted ..

CAR. Mariano le dará á usted el dinero...

FED. (Que vergüenza!.. Dirá que soy un roñoso... y por seis reales y tres cuartos...) Tiene usted razon, señorita... es verdad que no tengo más que cuatro mil reales, como escribiente, pero por usted.. señorita.. Caramba! Cada día me hace usted mas tilin. . . (quiere abrazarla.)

CAR. Hola! También es usted manilargo!

FED. Si señora, porque hoy estoy que reviento de alegría! Ha de saber usted, que acabo de reci-

bir una carta de mi abuela... mi abuelita Magdalena, la de Alcoreca... Le había yo escrito que tenía por usted... en fin... y consiente... y me envía un pavor! Pero qué pavor! Quería ser testigo de mi felicidad, pero como es tan gorda, no puede moverse, y en su lugar me envía para representarla, un pavo tan gordo como ella!.

Car. Pero qué diablos está usted ahí hablando?... Qué felicidad es esa?

Fed. Toma! La de nuestra boda!.. No me ha dicho usted...

Car. Es posible... Pero ya he cambiado de opinión... no puedo casarme!

Fed. Como!..

Car. Que no puedo casarme!

Fed. Y por qué?

Car. Porque... porque los hombres sois todos iguales!

Fed. Pues qué quiere usted que yo tenga más que los otros?

Car. Porque todos,.... todos.... todos son unos monstruos.

Fed. No lo crea usted!.. Los hay muy buenos... los hay como yo, tan mansos como un cordero

Car. Ninguno!

Fed. Pruébeme usted á mí, y lo verá.

Car. Quiere usted que sea yo tan desgraciada como la pobre Dolores?

Fed. Es que no lo crea usted... no lo crea usted, señorita Carmen. Yo no fumo, porque basta el olor del tabaco me maraa; yo no juego y ni aun conozco la baraja; en mi oficina me quieren mucho, tanto que me tiene ofrecido el jefe la primera vacante de oficial con seis mil reales. En fin, ya verá usted lo que trabajo cuando tengamos que mantener diez ó doce Federiquitos...

Car. Lo mismo era mi hermano, y á los diez y ocho meses... Ah! Yo no sé lo que sucede á las mugeres en casándose, pero sí que los hombres cambian terriblemente!

Fed. Cree usted que es el casamiento el que ha cambiado á Mariano?

Car. Pues qué quiere usted que sea?

Fed. Yo tengo para mí... que allá para sus adentros abriga él una pena...

Car. En qué se funda usted?

Fed. Regla general: cuando un buen empleado se echa á perder... y se dá al juego... no siendo este en él un vicio de nacimiento, puede usted asegurar á puño cerrado, que es por distraerse de alguna pena.

Car. Pero cuál puede tener mi hermano?

Fed. Vaya!.. Puede tener remordimientos...

Car. Remordimientos!

Fed. Si señora, porque usted no sabe que antes de casarse tuvo una... un trapicheo, y ella se llamaba Carolina... y ya se vé, como se casó con doña Dolores, la dejó... pues!.. con un palmo de narices.

Car. Hable usted más bajo! Si la oyese á usted Dolores!.. Pero cómo?..

Fed. La pobre chica, burlada ya, dicen que espiró de pena y de miseria.

Car. Ah!

Fed. Esto es lo que yo he podido saber... Y, es claro! Mariano lo habrá sabido, y aunque sea una pena... porque... supongamos por un mo-

mento que yo la hubiera, ofrecido á usted mi mano... y que luego me casase con otra...

Car. Cácese usted en hora buena!

Fed. No; si es una suposición, porque yo no soy Mariano.

Car. Cállese usted! Aquí está Dolores!

ESCENA VI.

Los mismos, Dolores, después don Diego.

Dol. Cuanto trabajo me ha costado poner en agua el ramo... Ya se vé... es tan grande!..

Dic. Adios gracias!..

Fed. Calla! El señor don Diego!

Car. Pase usted adelante!

Dol. Mi querido tío!

Dic. Ven, hija mía, ven á mis brazos!

Dol. Es usted, tío mío?

Dic. Sí, miña oña, soy yo!.. Buenos días, Carmencita.

Car. Buenos días, señor don Diego.

Dol. Qué sorpresa!.. Qué feliz soy con ella!

Dic. Con que no me esperabas?

Dol. Ni remotamente!

Car. Quién se había de figurar...

Dic. Eso es lo que yo quería... esol! Abrazadme, abrazadme!.. Y tú, perillan?

Fed. Yo tan bueno, y usted? Gracias!.. Caramba y que conservadillo está usted... Parece usted un pollo!..

Dic. Sigues aun de escribiente?

Fed. Lo mismo que usted me puso. Como no tengo ahora quien me apadrine... y aquí en España...

Dic. Ya hablaré á tu jefe... Pero, y Mariano? Esta no es hora de oficina... y cuando está aquí el escribiente, debía estar también el oficial.

Dol. Ha ido á... don Federico?

Fed. Señora?

Dol. Vaya usted á decir á Mariano, que está aquí nuestro tío...

Fed. Al momento.

Dic. No... no... que disparate... Después le verá!.. No faltaba más sino que yo fuese á incomodarle.

Fed. Qué se había de incomodar! Para lo que está haciendo. (*Carmen le palisca.*) Uy!

Car. (*bajo*) Cállese usted, hablador!

Dic. Estará adelantando algún trabajo... Pero....

Calla! Qué olor más extraño hay aquí!.. Huelo á tabaco malo... y Mariano no fuma...

Dol. No señor, no es Mariano, es...

Dic. Quién?

Dol. Es... es...

Car. (*de repente.*) El señor don Federico.

Dol. Es verdad, el señor don Federico...

Fed. Yo!

Car. (*bajo*) Silencio! (*alto.*) Pues... el señor don Federico... Ya se vé usted lo que siempre le estoy diciendo... Nos está usted apestando con su infame tabaco...

Fed. Pero... doña Carmen!..

Car. (*bajo*) Silencio!

Fed. (Pues señor, me gusta! Antes me toma el ramo para colgárselo á Mariano... y ahora...)

Dic. (*sacando una petaca.*) Hola! Con que tú fumas?..

Car. Si señor... y así que entra...

Dic. Pues toma... escoge... y me dirás mientras algunas noticias...

CAR. (bajo.) Tómelo usted!
 FED. (id.) Pero sí...
 DOL. No tenga usted vergüenza, Federico.
 DIZ. (á Federico que toma un cigarro como asombrado.) Toma dos... Ese no es tabaco del estanco, y se puede fumar...
 CAR. (que ha ido por un fósforo, lo enciende y ofrece á Federico.) Tome usted!
 FED. Pero... yo...
 DIZ. Vamos... sin cortedad!
 CAR. (bajo.) Fume usted, para que se lo crea!
 FED. (encendiendo el cigarro con pena) Sea por Dios!
 DIZ. Qué estás diciendo?
 CAR. Que lo encuentra delicioso .. (bajo á Federico.) Fume usted!
 DIZ. Ya lo creo!
 DOL. Vaya usted á ver á Mariano!
 FED. Ay, si señora... al momento. (No deseo otra cosa!)
 CAR. (bajo.) Fume usted, hombre!
 FED. (id.) Y si fumo, se casa usted conmigo?
 CAR. No!
 FED. Y yo con usted?
 CAR. Le he dicho á usted que no!
 FED. Y el pavo de mi tía?
 CAR. Se lo comerá usted solo! Fume usted!
 FED. (fumando y con tono suplicante.) Señorita Carmen!..
 DOL. No va usted, don Federico?
 FED. Sí... señora... al momento... á escape... (á Carmen.) Mire usted... fumo... fumo... de rabia! (sale corriendo.)

ESCENA VII.

DON DIEGO, DOLORES, CARMEN.

DIZ. Qué es lo que tiene ese muchacho?
 CAR. Nada, señor don Diego...
 DIZ. No queria ir en busca de Mariano? Y tiene razon... es una imprudencia distraer á un empleado que trabaja en horas extraordinarias... y á Mariano, sobre todo...
 DOL. Pues mire usted, tío... Mariano en la actualidad no es tan trabajador como antes.
 DIZ. Hola! Cómo es eso?
 DOL. Sus gefes son demasiado exigentes... y ha pedido una licencia por un mes...
 DIZ. Muy bien hecho. Ya está el pobre muy cansado de remar... Y además, hoy me viene de molde esa licencia, porque así estaremos juntos todo el día... Voy á estar con vosotros todo el día!
 DOL. Cuanto me alegro!..
 DIZ. Tenia mil casas á donde ir, pero he preferido la de la hija de mi hermano, á quien, al espiar, ofreci hacer la felicidad de su hija.
 DOL. Y lo ha cumplido usted...
 CAR. (Como unas maravillas!)
 DIZ. Yo pude darte un marido mas elegante... pude unirlo á misobrinio Fernando, que estaba loco por tus pedazos.
 DOL. Es verdad.
 DIZ. Pero su educacion era demasiado brillante... tu necesitabas un hombre honrado y juicioso, y como no te disgustaba Mariano, embarqué al sobrinio para América, en donde se consoló casándose, y te uní al bueno de Mariano.
 DOL. Con que se consoló Fernando?

DIZ. Sí... los hombres nos consolamos al momento, porque... á rey muerto, rey puesto.
 CAR. (Picaros hombres!) (ruído fuera.)
 DIZ. Qué ruido es ese?
 MAR. (fuera.) Cuando te digo que para nada te necesito!
 DIZ. Esa es la voz de Mariano!
 DOL. (bajo á Carmen.) Dios mio! Viene del juego!
 CAR. (id.) Y hecho una furia como siempre!

ESCENA VIII.

Los mismos, MARIANO.

MAR. (entra empujando bruscamente la puerta; viene muy desordenado, pero se templea poco á poco.) Pues está bien! Si me buscan, me hallarán!
 DOL. (yendo á él muy de prisa) Mariano... mi tío... refrenate!
 MAR. Hola, señor don Diego!
 DIZ. Adios, hombre!
 MAR. Qué tal?
 DOL. (bajo á su marido.) Por Dios, Mariano!..
 MAR. (id.) Quieres dejarme!
 DIZ. Pero, hombre, tienes un aire tan... vienes muy alterado... estás flaco, desgredado.
 DOL. (Dios mio!)
 MAR. Bien puede ser... porque estoy... (Mejor es callar!)
 DOL. Yo le explicaré á usted, tío... Como hoy día hay tantas intrigas, se dice que van á dejar cesantes á muchos, y Mariano teme...
 CAR. (Si yo fuese su muger, cantaba de plano!)
 DIZ. Ya lo arreglaremos. Pero con esos antecedentes, no debía haber pedido licencia, sino trabajar mas y mas.
 MAR. Cómo licencia?
 DOL. Sí; le he dicho al tío que has pedido una licencia... porque como has trabajado tanto, te resientes un poco...
 DIZ. En fin... casi me alegro, porque de este modo reflexionarás despacio lo que voy á proponerte y así evitarás la ruina que te amenaza.
 MAR. Ah! Viene usted á proponerme algo?
 DIZ. Sí, hijos míos; hace tiempo que conozco que no en valde se van los años, y que en llegando á los sesenta, como yo, es necesario descansar y cuidarse solamente. Por esto he pensado en tomar un administrador general de todos mis bienes, que gracias á Dios no son pocos, y para este cargo he creído que tú, Mariano, serias á propósito.
 DOL. Qué felicidad!
 MAR. Le diré á usted, tío... yo...
 DOL. Gracias, tío, gracias!..
 CAR. (Ya tienes pan para tu familia!)
 MAR. (ap á ella.) Silencio!
 DIZ. (á Dolores.) Ya ves, hija mia, vivireis conmigo y comereis en mi mesa.
 DOL. Ah! se me habla olvidado. No te he dicho, Mariano, que el señor don Diego come con nosotros?
 MAR. Que sea enhorabuena!
 DIZ. Sí, Mariano, quiero tener esta satisfaccion.
 CAR. La satisfaccion será nuestra. (Qué hombre! Todo tenemos que decirlo nosotras!)
 DOL. Carmen, ve á encargarte de ello.
 CAR. Al momento. Con permiso de usted, señor don Diego...
 DIZ. Tu, le tienes, hija mia. (sale Carmen.)

DoT. Yo voy á arreglarme un poco.
 Dis. Idos, idos con Dios. Yo me quedo con Ma-
 riano, y charlaremos un poco.
 DoT. (al salir dice ap. á Mariano.) Que el tío no
 sabe nada, Mariano!..
 Mar. (Déjame en paz!)
 DoL. (Ay Dios mío!) (sale.)

ESCENA IX.

DON DIEGO, MARIANO.

Dis. Pero... Mariano, qué es esto? Te has queda-
 do como quien vé visiones?
 Mar. No lo crea usted!
 Dis. Te ha desagradado, quizás, mi proposición?
 Mar. No señor, es otra cosa...
 Dis. Pues qué diablos tienes?
 Mar. Le diré á usted... es que... tengo un ami-
 go... un amigo muy desgraciado!
 Dis. Y nada más que eso?... Pues todo está con-
 cluido! Ofrécele en mi nombre cuanto quieras!
 Si yo puedo seros útil...
 Mar. Si, señor don Diego, usted puede serle muy
 útil!
 Dis. Veamos... De qué se trata?
 Mar. Es un hombre muy honrado... que ha hecho
 lo que yo... que se ha casado!
 Dis. Y es ese el motivo?
 Mar. Si señor... Porque creyó ser feliz... porque
 ignoraba... y ahora quiere separarse de su
 muger!
 Dis. Es decir que no la ama?
 Mar. Oh! sí! Con todo su corazón! Si no la ama-
 se estaría hace mucho tiempo lejos de ella!..
 Cien veces al día jura no volver á su lado, y sin
 embargo .. está aquí!
 Dis. Cómo aquí?
 Mar. Digo aquí... porque es un vecino...
 Dis. Ya!
 Mar. Y le falta el valor... porque crea usted que
 es lo mas terrible del mundo, tener que sepa-
 rarse de la muger á quien se ama!
 Dis. En ese caso, veo que su muger no le ha da-
 do motivo, y por eso él duda...
 Mar. Qué no le ha dado motivo?
 Dis. Conoces tú esas razones?
 Mar. Las conozco... Esas razones que obligan...
 que obligan á todo!.. á todo! En fin, señor don
 Diego, él quiere irse á América... Lejos, muy
 lejos!
 Dis. Pues bueno... Le daré una carta de reco-
 mendacion para mi sobrino, que acaba de ca-
 sarse en la Habana.
 Mar. Gracias, don Diego! Eso es lo que yo de-
 seaba!
 Dis. Tú?
 Mar. Lo que yo deseaba para mi amigo.
 Dis. Y cuándo quiere?...
 Mar. Hoy mismo . él quiere partir al momento.
 Dis. Bueno! Pero antes es preciso que yo le co-
 nozca... que yo sepa esos motivos...
 Mar. Eso es imposible, porque él me ha reco-
 mendado el silencio... y principalmente con
 usted.
 Dis. Con que me conoce?
 Mar. Si señor.
 Dis. Será algún antiguo compañero de tu oficina?
 Mar. Precisamente... y hombre muy honrado!

Dis. Espera; hace poco tiempo que se ha casado?
 Mar. Si señor!
 Dis. Despues de mi salida de Madrid?
 Mar. Poco despues.
 Dis. Ya sé de quien me hablast
 Mar. Lo ha adivinado usted?
 Dis. Si... de Federico!
 Mar. No crea usted...
 Dis. Nada... no me lo niegues. Por eso le he en-
 contrado... así... tan... tan raro... Pobre mu-
 chacho!
 Mar. Pues bien .. Me jura usted no decirle nada?
 Dis. No tengas cuidado... Te daré la carta, y que
 Dios le ayude... Quien creeria que la picara
 de su muger!.. Ya se vé, se casan con tan poco
 sueldo... Mire usted un pobre escribiente!..
 Mar. (viendo entrar á su muger.) No hable usted
 nada delante de Dolores!
 Dis. (id.) Pues no faltaba mas! (alto.) Con que me
 dices que Federico es tan feliz! (Que talento
 tengo yo!..)

ESCENA X.

Los mismos, Dolores vestida.

DoL. Aquí me tiene usted ya, tío... Le gusto á
 usted?...
 Dis. Mucho y remucho... No estarias mejor el
 día de la boda. No es verdad, Mariano?
 Mar. (con disgusto.) Tiene usted razon.
 Dis. Pero lo dices sin mirarla.
 Mar. Como la tengo tan vista...
 Dis. Mirala, hombre, mirala!
 DoL. (bajo.) Mariano... por favor!
 Mar. Si... es verdad... está como el día de su ca-
 samiento...
 Dis. No le falta mas que el alfiler de brillantes
 que yo la di.
 Mar. El alfiler de brillantes!
 Dis. Y tambien los pendientes de oro.
 Mar. (Los pendientes de oro?)
 DoL. Es verdad... sí... me he olvidado de ambas
 cosas.
 Mar. (Habrá vuelto en casa del diamantista!)
 Dis. Felizmente, á tu edad las mejores alhajas
 son los pocos años.
 Mar. (Oh! Voy á asegurarme de ello!)
 DoL. Vas á salir, Mariano?
 Mar. Si, teogo que hacer una diligencia.
 DoL. Podias dejarla para mañana... Ya ves... es-
 tá aquí tío.
 Mar. Pues qué, no soy yo libre para ir donde
 quiera?
 Dis. No le detengas, déjale!.. Si tiene que ha-
 cer... Vete, vete!.. Por mí no te incomodes.
 DoL. (Si volverá al juego!) (á media voz.) Maria-
 no, yo te lo suplico.
 Mar. (id.) Infame!
 DoL. Va á volver al momento, tío! Es una cosa
 muy precisa.
 Dis. Bueno!.. Por mí ..
 Mar. (Los pendientes que yo le di!) Hasta luego,
 señor don Diego!
 Dis. Y te sales sin abrazar á tu muger?
 DoL. Es que delante de usted...
 Mar. Si... Me dá vergüenza!
 Dis. Ba, ba! Cerraré los ojos, si es por eso.
 Mar. (abrazándola firmemente.) Hasta despues!
 DoL. (Me aboga el dolor.) (sale Mariano.)

ESCENA XI.

DON DIEGO, DOLORES.

DIEGO. (De positivo hay aquí alguna cosa!.. Voy á ver si la averiguo! (mirando á Dolores que tararea una canción.) Ella canta... pero cuando el español canta... (sentándose.) Venga usted acá, señorita Dolores.

DIEGO. Mándome usted.

DIEGO. Así te llamaba yo cuando tenía que echarte algún sermón... te acuerdas?

DIEGO. Es verdad.

DIEGO. Siéntate aquí.. junto á mi... Mas cerca, mujer... parece que me tienes miedo!

DIEGO. Que disparate, tío!

DIEGO. Me parece, Dolores, que para un día como el de hoy, no estais muy contentos que digamos... Será cosa de que pasado el pan de la boda...

DIEGO. No. No siga usted, tío.. Yo le juro á usted...

DIEGO. Sin mentir?

DIEGO. Se lo juro á usted. Es verdad que Mariano está algo preocupado...

DIEGO. Y algo más de algo.

DIEGO. Yo le diré á usted... El nunca me ha dicho nada... pero creo que... como no tenemos hijos...

DIEGO. Acabáras con mil de á caballo!.. Un rorrito!

DIEGO. Pues!

DIEGO. Y qué dirías tú, si te vleses en mi caso? Yo que hace cuarenta y un año, dos meses y siete días que me casé y tampoco los tengo.

DIEGO. Son tan desgraciados generalmente los matrimonios sin hijos...

DIEGO. Pero en vosotros es diferente... sois jóvenes, y el mejor día...

DIEGO. Y esa es la causa, según creo, de la pena de Mariano. La mayor parte de las noches se despierta gritando. «Un hijo! Un hijo!» Y una vez... hasta lloró!

DIEGO. Válgame Dios!

DIEGO. Y así, para hacerle feliz, he pensado una cosa...

DIEGO. (ap. riendo.) Ya me lo figuro!

DIEGO. Voy á confesársela á usted, para que me ayude.

DIEGO. Cómo es eso, muchacha?

DIEGO. Usted sabe que hay en el mundo muchos de esos seres infelices, á quienes abandonan sus padres...

DIEGO. Ahí tienes tú.. unos los tienen y no los quieren, y otros los quieren y no los tienen.

DIEGO. He pensado que Mariano adoptase...

DIEGO. Buená idea!

DIEGO. El sería feliz, y yo tambien.

DIEGO. Y le has hablado de ese proyecto?

DIEGO. No me he atrevido hasta ahora... porque... Oh! No sabeis lo mas terrible! (llora.)

DIEGO. (levantándose.) Qué es esto? Por qué lloras?

DIEGO. (id.) Ah! Este secreto me aboga... Oígame usted!.. Oígame usted!

DIEGO. Habla pronto, bija mia, habla pronto. Me vas á hacer llorar tambien, y lo peor es, que no sé el motivo...

DIEGO. Pobre Mariano! Pues bien... hará unos... Oh!.. no puedo, no puedo!

DIEGO. Me estás horrorizando, muchacha!.. Por la Virgen de Atocha...

DIEGO. No tengo valor para ello.. despues... des-

pues... (oye la voz de Carmen.) Carmen!.. Silencio!.. Despues se lo diré á usted todo.

ESCENA XII.

DON DIEGO, CARMEN, FEDERICO.

CARMEN. (entrando por el fondo al tiempo que sale Dolores.) Ah! Dios mio... En que estado!.. (Federico aparece muy pálido y sosteniéndose apenas.)

DIEGO. (viendo salir á Dolores.) Despues! (Qué significan.. esta turbacion... esta emocion!..)

CARMEN. Qué tiene usted, don Federico?

FEDERICO. Tengo... el... la... la... la angustia...

DIEGO. La angustia? Pobre joven!

FEDERICO. (mostrando el cigarro que le ha fumado casi todo.) Y el tabaco esto!

CARMEN. (tirándole el cigarro, ap.) Necio! Se lo ha fumado todo!

DIEGO. Con que Federico, no somos muy felices?

FEDERICO. Felices? Nada de eso... sobre todo, en este momento. Ah! tengo una cosa...

DIEGO. Vamos, vamos! Es preciso filosofar... Mariano me lo ha dicho todo.. me ha confesado...

FEDERICO. Se lo ha confesado á usted todo? (sentándose.) Entonces usted me permitirá... Yo no soy para esto! (Se me anda la casa al rededor!)

DIEGO. No tengas cuidado. Yo vendré en tu ayuda. Yo te desembarazaré.

FEDERICO. (Cómo! Qué dice usted?)

DIEGO. Mañana podrás partir.

FEDERICO. Partir? Para dónde?

DIEGO. Para América. Te embarcas en Cadiz.

FEDERICO. (cada vez mas asombrado.) Embarcarme!.. (No me falta mas, porque ya tengo el mareo!)

DIEGO. No es esto lo que tú querias?

FEDERICO. Si, si señor, si... lo quiero. (á Carmen.) Ya lo oye usted, señorita... Me embarcaré!

CARMEN. Buen viaje!

DIEGO. (Engañar á un niño tan inocente!) Y... confíame... ella no te ama?

FEDERICO. (mirando á Carmen que va y viene.) Ni pizca! (llorando.) Oh! las mugeres son unos monstruos!

DIEGO. Vamos, vamos! Nada de llorar... Ya la olvidarás en la tabana.

FEDERICO. Si, señor... quiero olvidarla, quiero no verla, porque si la veo, me moriré de pena, haré lo que Mariano... jugaré... (llorando siempre.)

DIEGO. ¿Qué?

CARMEN. (pellizcándole.) Señor Federico!

DIEGO. Ay! Me haré echar de la oficina como él!

DIEGO. (Cómo, Mariano!..)

CARMEN. Pero no le crea usted, señor don Diego! (ap. á él pellizcándole.) (Pillo! pillo!) No vé usted que está borracho?

FEDERICO. Poco menos.. el ciga...

CARMEN. (baja.) Cállese usted! (alto.) No vé usted que sale del café?

FEDERICO. Voy Pues voy á decirlo todo.

CARMEN. Cállese usted! (le empuja, cae en la silla y con la silla al suelo.) Vé usted... ni aun puede sostenerse.

DIEGO. Si, lo que veo yo es que...

FEDERICO. Pues si ha sido usted...

CARMEN. No crea usted una palabra, señor don Diego...

DIEGO. No... no... no creo...

CARMEN. Mariano solo juega un poco al tresillo...

FED. Velute y cuatro horas!
 CAR. (Picarot!) No tira...
 FED. De la oreja á Jorge!
 CAR. (Ah!) No tira el dinero.
 DIR. No te molestes, hija mia. Voy á hacer una visita antes de comer... Vuelvo al momento.
 CAR. Pero que no se imagine usted...
 DIR. Qué disparate! Se conoce que Federico está algo malo de la cabeza...
 CAR. Si, señor...
 FED. No señor!
 CAR. (Oh! estalló!)
 DIR. Hasta luego! (al salir.) Aquí hay un gran misterio, y debo aclararlo!

ESCENA XIII.

FEDERICO, CARMEN.

CAR. (furiosa.) Voy á arrancarle á usted los ojos!
 FED. (que vacilando se ha preparado un vaso de agua.) Que quiere usted, el tabaco...
 CAR. Hablador! Por esa lengua se ha de ver usted en la borca!
 FED. Pero qué es lo que yo he dicho?
 CAR. (llorando y con rabia.) Mire usted... don Diego que tanto quería á Mariano... que le proporcionaba una posicion soberbia, y la ha perdido por su lengua de usted!
 FED. Por mi lengua?
 CAR. (id.) Y luego dicen que nosotras tenemos la lengua larga! Si debian arrancársela á los hombres cuando nacen!
 FED. Pero, señorita Carmen!...
 CAR. (como una furia.) Váyase usted de mi lado!... Retírese usted! Le odio, le detesto, le aborrezco!
 FED. Por Dios!
 CAR. Quítese usted de mi vista! No quiero verle á usted mas!
 FED. No me quiere usted ver mas?
 CAR. No señor; ni pintado quiero verle á usted!
 FED. Bueno! Voy á complacerla á usted. Adios, señorita Carmen! Adios! (dá unos pasos y vuelve.) No me pregunta usted á donde voy? No?... Pues voy á embarcarme... en el canal! (al salir entra Mariano; Federico vuelve.)

ESCENA XIV.

Los mismos, MARIANO, en el mayor desorden.

MAR. No está don Diego?
 CAR. No; pero vuelve pronto.
 MAR. Dile á Dolores que venga al momento!
 CAR. (Dios mio, cómo está! Me dá miedo!)
 MAR. No has oido lo que te he dicho?
 CAR. Para qué la quieres?
 MAR. Eso no te importa! Pronto!
 CAR. (algo terrible va á pasar.)
 FED. Dime, Mariano, te marcas cuando fumas?
 MAR. (empujándole tan fuertemente, que casi le hace caer.) Vete al diablo!
 FED. Uy! Perdone usted el modo de señalar!
 MAR. No has oido todavía? (llamando.) Dolores? Dolores?
 CAR. Va voy, hombre, ya voy! (al ir, sale Dolores.)

ESCENA XV.

Diegos, Dolores.

DOL. Qué me quieres, Mariano?
 MAR. Tengo que hablarte!
 CAR. (ap. á Dolores.) Está peor que nun ca!
 DOL. (id.) Y mi llo?
 CAR. (id.) Ha salido.
 DOL. Así no presenciara...
 MAR. (á Federico.) Qué haces ahí?
 FED. Viendo si echo fuera...
 MAR. Tu cuerpo es el que has de echar fuera!
 FED. Pero...
 MAR. (le pone fuera de un empellon.) Eh! parlan-chin de los diablos! (á Carmen.) Y tú tambien!
 DOL. Déjanos, Carmen!
 CAR. Pero, Mariano...
 MAR. No me obligues á que...
 DOL. Vete por Dios!
 CAR. Dios te favorezca! (la abraza, y se va llorando.)

ESCENA XVI.

MARIANO, DOLORES.

DOL. Segun veo. Mariano.... has vuelto al juego?
 MAR. Yo soy libre de ir á donde se me antoje!
 DOL. Si, Mariano; si yo no te digo lo contrario... Pero como ha venido don Diego, y te pones tan alterado...
 MAR. Es decir que me llamas jugador?
 DOL. No... no; no lo creas!
 MAR. Es decir que yo no puedo gastar mi dinero?
 DOL. Tu dinero? Tú sabes muy bien que hace ocho dias que nó comemos mas que unas sopas...
 MAR. Pues cuando no hay dinero, se busca! Aquí hay muebles! Se venden!
 DOL. Los pocos que nos quedan!
 MAR. Son míos... porque esta es mi casa!
 DOL. Si, tampoco te digo lo contrario!
 MAR. Y tú no llenes nada, lo entiendes? Porque tú no eres nada aquí!.. Todo, todo me pertenece!
 DOL. (Dios mio! Dios mio! El que me amaba tanto!)
 MAR. Atiéndeme... Disponme toda mi ropa!
 DOL. Tu ropa?
 MAR. Si... me separo de ti!
 DOL. Pero yo, qué te he hecho, Mariano? No soy una esclava tuya?
 MAR. (con cólera.) Haz lo que te he mandado!
 DOL. (de rodillas.) Mátame primero! No puedo vivir sin ti!
 MAR. (amenazándola.) Dolores! Dolores!
 DOL. (asustada, se levanta.) Si, si; voy á obedecerte!
 MAR. Dadme fuerzas, madre mia, para callar!
 MAR. No, no; no quiero que profanes mi ropa con tu mano... Estás llorando? Vive Dios!
 DOL. No, si no lloro. No ves que alegre estoy?
 MAR. Estás alegre, mujer sin corazon, cuando sabes que te detesto, que te odio con toda mi alma?
 DOL. Mariano! Mariano! No me digas eso! Si supieras lo que estoy sufriendo!
 MAR. Te has adornado, pensando que yo te en-

contraría bella? Lloras, creyendo que me enternecerán tus lágrimas? No; te engañas! Tus lágrimas me irritan, tus adornos me espantan!

DOL. Pero si no me he adornado, Mariano... Si tampoco lloro...

MAR. Es verdad; ella no llora, mientras que yo... (llorando.) yo... me desgarró el corazón!

DOL. (queriendo echarse en sus brazos.) Mariano! Mariano mío!

MAR. (rechazándola.) Déjame! Apártate! Soy un imbécil en entristecerme!

DOL. Entristecerte! Y por qué, Dios mío? Dímelo! Cuando yo daría mi vida por evitarte una pena! Dímelo, Mariano. Dime lo que tienes!

MAR. Que te lo diga? Si, si...

DOL. (Oh! habla, habla por piedad!

MAR. Te lo diré, porquísí he vuelto ahora al juego, en donde debo más que puedo pagar en toda mi vida, es por exaltarme, para tener el valor de decirte toda la amargura que emponzoña mi corazón!

DOL. Si, si; dímelo!

MAR. Pues bien! (con desesperación.) No, no; no puedo decirte! (cae en una silla anegado en llanto.)

DOL. Qué es lo que yo te he hecho? Nunca me he opuesto á tus deseos... Noche y día estoy trabajando para reemplazar lo que tú ganabas, y jamás me quejo, jamás me ves llorar. Procuro hacerte olvidar una pena que acaso no te atreves á confiarme. Ah! Mariano, confiésmelo todo... ten valor!

MAR. Si, al momento... ahora...

DOL. Si... ahora que yo estoy aquí... á tus pies...

MAR. (mirándola y con explosión de cólera.) Pues bien! Por qué razón no te has puesto los pendientes de oro?

DOL. Los pendientes... de oro... porque... voy á decirte...

MAR. Oh! basta de engaños y de mentiras! Porque los has vendido!

DOL. Oh!

MAR. Por qué los has vendido ayer?

DOL. No... no... no lo creas.

MAR. Y te atreves á negármelo? Te atreves á decirme que no los has vendido para...? (conteniéndose de prunto, y sacando los pendientes.) Miralos! Miralos, y tiembra!

DOL. Ah! Madre mía!

MAR. Miralos! Yo los he rescatado jugando una vez más á espensas de mi vida! Miralos!

DOL. Mariano! Mátame, por piedad!

MAR. Mátarte? No, ingrata muger, no. Vivirás para el dolor eterno, vivirás para sufrir; vivirás con el oprobio marcado en tu frente criminal.

DOL. (con orgullo.) Oh! eso, nunca! Mentís! Desgraciada, sí, pero criminal, no! Si Dios no me acoge con bondad, no hay justicia en los cielos!

MAR. Y te atreves á profanar el nombre de Dios? Pues bien... dónde... dónde está el precio de esta venta?

DOL. (abatida de nuevo.) El precio... no quería decirte... pero como debemos...

MAR. A quién?

DOL. Al casero...

MAR. Mientes! Acabo de verlo!

DOL. En la lonja...

MAR. Mientes! Vengo de allí.

DOL. En la tienda de...

MAR. Mientes! mientes! Ese dinero ha ido á donde va hace dos meses tu trabajo... á donde han ido tantas cosas... tu collar, el alfiler de brillantes... la cruz de oro... la cruz que te dió mi pobre madre...

DOL. (de rodillas arrastrándose tras él en la mayor angustia y con sollozos.) Mariano!

MAR. Habla, habla! Confiésmelo... (asiéndola de un brazo.)

DOL. No, no puedo...

MAR. (furioso.) No puedes? Ah! (queriendo arrastrarla; ella se defiende débilmente.) Confésmelo todo, ó ¡vive Dios!

DOL. (quejándose.) Ah! Oyeme... todo lo vas á saber... No debo callar más!

MAR. Infame muger! (la tira contra una silla con violencia, y se dirige á cojer otra silla)

DOL. (lanzando un grito agudo de dolor.) Ah!

ESCENA XVII.

Los mismos, DIEGO, CARMEN.

DIE. (aparece en el fondo; mientras que Carmen aparece por la derecha, y se interpone entre ambos.) Desgraciado! (levantando á Dolores y la limpia la sangre que tiene en la cara con su pañuelo.)

MAR. Don Diego! (queda confundido.)

DOL. (procurando sonreírse y serenarse.) Si no es nada, tío, nada.

CAR. (corriendo á su lado.) Qué herida tienes en la frente! (ap. y temblando.) Dios lo ha de castigar...

DIE. Serénate, hija mía. Carmen, llévatela... déjanos solos! Hija de mi corazón! Andad, andad, hijas mías!

DOL. Mariano es algo vivo... pero no crea usted...

DIE. Vamos, hija, déjanos.

CAR. Oh! Si no fuera mi hermano...

DOL. Cállate, cállate! (ap. al salir.) Ay! Dios mío!

ESCENA XVIII.

DON DIEGO, MARIANO.

DIE. (yendo vivamente á donde está Mariano y cruzándose de brazos.) Y bien! Ya estamos solos, caballero.

MAR. (dando unos pasos.) Usted me permitirá que me retire...

DIE. (poniéndose delante.) No señor... no lo espere usted! Hasta ahora ha visto usted en mí á un pobre hombre, como se dice vulgarmente, pero es necesario que vea usted también si este pobre hombre tiene bastante energía para hacer entrar en su deber á un miserable como usted!

MAR. Señor don Diego!

DIE. Sí, á un miserable! Ponga usted también las manos sobre un viejo, como las ha puesto sobre una muger!

MAR. Oh! Sepa usted...

DIE. Eh! Silencio! Lo sé todo! He visto á sus gefes de usted, que le han echado, porque su conducta era la de un perdido! á un moei-

ciento de Mariana.) Ni guano me usas, y ni de guemelo a mí, cuando voy de pagar mis deudas... hasta las de la casa de juego, donde pasa usted la vida olvidándose como un bandido, como un infame!

Mar. Don Diego!
Die. Sí, como un infame; porque solamente un infame puede ser bastante cobardo para poner su mano sobre una mujer! Oh, ya lo he visto; debía usted cortarla esa mano que tan horriblemente ha apuñalado.

Mar. Oígame usted por favor!
Die. Hable usted... hable usted. Qué razón tiene usted para tratarla así? Qué razón tiene usted para separarse de ella? Qué razón tiene usted para ocultarme su nombre hace poco? Qué razón puede nunca tener un hombre de honor, para poner sus manos sobre una mujer? Qué razón tiene usted para no amar a ese angel sobre la tierra?

Mar. Dejar de amarla! Ah no, la amo aun con toda mi alma! La adoro aun a pesar mio.
Die. A pesar suyo? Hable usted... espíquese usted!

Mar. Sí, sí; todo voy a decirle, porque me ahoga y me consume este secreto! Usted sabe que antes de mi casamiento, Dolores fué amada de Fernando...

Die. De mi sobrino, á quien envié á América? ¿Es esto un crimen á los ojos de usted?

Mar. Oígame usted. Usted recordará que poco tiempo despues de nuestro casamiento, Dolores hizo un viaje á su país, bajo el pretexto de ver á su abuelo, que estaba enfermo.

Die. Como bajo el pretexto? No, era, y yo lo juro, muy cierto.

Mar. Sí, pero ella permaneció mas de cuatro meses...

Die. El tiempo que duró la enfermedad. Qué hay en ello de extraño?

Mar. Oígame usted aun... Así que volvió, se aumentaba Dolores con frecuencia de casa, mientras que yo estaba en la oficina, y como nada me decía, los celos me exaltaron hasta el punto que un dia, sin que ella lo notase, la seguí de lejos.

Die. Y bien?

Mar. Tomó la calle de Fortaleza, y al fin de ella, la vi entrar en una casa, en donde estubo mas de una hora.

Die. Y bien?

Mar. Así que salió, bajo el pretexto de entregar una carta, entré en la casa, y ahí... Oh! si lo hubiera visto!... Allí una mujer me dijo que la joven que acababa de salir... era...

Die. Era...
Mar. Era la madre del niño que dormía en una cuna.

Die. Y ese niño?...

Mar. Yo, mismo, y yo, mismo lo vi con mis propios ojos!

Die. Dios mio!
Mar. Hice lo que usted ahora; oculté la pena, abogué el dolor, y pregunté á aquella mujer...

Die. Y qué te dijo?

Mar. Que hacia quince meses que le habia sido confiado aquel niño...

Die. Quince meses!

Mar. Quince meses hacia tambien que Dolores habia vuelto de su país.

Die. Y usted creó un hijo...
Mar. No, Dios me atribuiré el crimen para creerlo. Pero... Ay, Dios mio!

Die. Hable!
Mar. Ella misma lo habia llevado, declarando...

Die. (con el mayor terror.) Ah! Calla... calla...
 (Momento de silencio o terror; Mariano solloza con el rostro entre las manos; don Diego queda inmóvil y petrificado; el cabo de unos instantes dice como entre dientes y sin fijar su vista en nada.)

Su turbacion esta mañana... la confesion que no se atrevió á hacerme...

Mar. Ya vé usted que desgraciado soy! Ya vé usted si tengo razon para buscar los trastornos y aturdirme en medio de ellos! Ya vé usted si en un momento de horroroso poder... en un momento en que adquirero la certeza de que su trabajo, y sus albedos... y todo va á saltar en aquel... en aquel hijo suyo... Ya vé usted si tengo disculpa, si quiera... para... para poner la mano en la mujer que adoro y que me engaña!

Die. (con calma y dolor reconcentrado.) Y qué es lo que te ha dicho cuando la has hablado de todo eso?

Mar. Hablarla! No; no he tenido nunca valor para ello... el dia en que la habiese, tendria que abandonarla... y... compadézcame usted! no tengo valor para separarme de ella! Porque á pesar de su perfidia, la amo... Ya vé usted, la amo como un insensato, como un loco! Este amor es mi vida!... Su voz tiene para mí una armonia celestial... mucho, horriblemente por (ra mi desgracia y mi amor... y sin embargo, no puedo vivir sin ella!

Die. (Pobre Mariano!)

Mar. Y ahora me dará usted esa carta? No, para América... no. Allí está... y es su sobrino de usted! En cuanto á ella...

Die. Tranquillizate, Mariano; yo la veré, la hablaré...

Mar. Pero no delante de mí!

Die. Por qué razon?
Mar. Porque no tengo valor... Ah! Siepto pasos... ella es! Señor don Diego, esa carta dentro de una hora.

Die. Bien, hijo, bien!
Mar. Volveré! (sale.)

ESCENA XIX.

Don Diego. (después Dolores con una venda en la cabeza.)

Die. Pobre joven! Sí, comprendo muy bien los sufrimientos de su alma! Dolores! Dolores... á quien siempre creí un angel de candor y de virtud... Qué no has urdido en la tierra! (se sienta abatido.)

Die. (que ha entrado y se aproxima al fondo.) Tio! (no le oye.) Tio, ha sorprendido usted al pobre Mariano?

Die. (para sí, levantándose y estremeciéndose.) Es ella! (alto.) Yo?

Die. Acabo de verle salir llorando... Y puedo asegurar á usted, que yo he sido ahora la causa de todo!

Die. Sí, lo creo, porque cuando un marido no es feliz, casi siempre es culpa de su mujer.

Don. Mariano la habrá á usted dicho que (no lo hago feliz.

Dix. Mariano me ha confiado sus amarguras!

Don. Ah! Dígame usted, dígame usted: cuál es son?..

Dix. Tú... tú las ignoras?

Don. Ya digo á usted antes mis sospechas.

Dix. Y... y le crees inocente?

Don. Como los Angeles!

Dix. (con explosión.) Calla! Calla, desgraciada! Tu marido lo sabe todo! (aparece en el fondo Mariano, y oye con asombro, adelantándose poco á poco.)

Don. Qué es lo que sabe?

Dix. Te ha seguido misteriosamente...

Don. Ah!

Dix. Y si es desgraciado, si no trabaja, si juega, tú debes comprender...

Don. Soy inocente!

Mar. (ap. avanzando.) Lo niego!

Dix. Mariano sabe que lo has engañado.

Don. Yo?

Dix. Y? que ese niño... por quien has vendido hasta tus últimas albasas...

Don. Callad, por favor!

Dix. Ese niño... es tuyo!

Don. Mío! Ah! (cae en los brazos de don Diego.)

Dix. Dolores! hija mía!

Mar. Pero no lo confesará...

ESCENA XX.

Don Diego, Dolores, Mariano.

Dix. Está mala...

Don. No, no, don Diego... Pero al oírme acusar...

(viendo á Mariano.) Mariano! has podido creer...

Oh! no me rechaces. Púes bien, si es preciso...

es un secreto que quería guardar eternamente.

Dix. Habla, hija mía! (Mariano se acerca con cierto interés.)

Don. Hace algún tiempo que recibí una carta dirigida á ti, y cuyo sobre era de letra de mujer. Un mal pensamiento...

los celos tal vez me obligaron á abrirla... Era el último adiós de una joven próxima á la muerte.

Mar. Y esa carta?

Don. Léela... léela y compadéceme! (se la da.)

Mar. (lee con suma y progresiva agitación. Dolores oculta el rostro entre sus manos; don Diego oye con asombro.)

Dios me llama á sí... Mariano, tienes un hijo... un hijo cuyo nacimiento te he ocultado hasta ahora... esa tarjeta te dirá en donde está... allí lo tienes... Yo te perdono... y que la mujer á quien tú me has preferido, te haga tan feliz como desgraciada has hecho á la pobre Carolina. - (momento de terror y pánico.)

Don. Enseñarle esa carta, era tener nuestra felicidad, y me propuse servir de madre al inocente niño, gastando en él cuanto tenía!

Dix. (con explosión.) Hija mía!

Mar. Angel de mi vida!

Don. Abrázame! (todos forman un grupo abrazados.)

Mar. Y yo la he hecho desgraciada cuando servía de madre á mi hijo! (arrodillándose.)

Perdóname, Dolores; perdóname, angel inocente!

Don. Perdunarte, cuando he sido la que faltó á su deber leyendo tus cartas?

Dix. No habíamos cosa de lo pasado! Dios es bueno, hijos míos! (abrazándose.)

Díches, Casares, por el fondo

Car. Qué es lo que veo! Ateyaya, ¡ateyaya!

Mar. Todo ha concluido!

Car. Pero ¿cuál es la causa?

Dix. Después de lo dífremos...

Mar. Ahora lo que falta solamente... es que si te casas...

Car. Casarme? Qué diablos sabe dónde está don Federico?

ESCENA ULTIMA.

Díches, Federico.

Fed. (con una maleta al hombro y un bastón.) Federico? Presente.

Mar. Qué es eso? A dónde vas?

Fed. Me espatrio, emigro!

Dix. Muñeco, ven acá. Tú no eres el que yo debía embarcar...

Fed. No importa. Me voy muy lejos... me voy á alistar contra los piratas de Cuba!

Car. Y si yo le pudiese á usted...

Fed. Usted?

Car. Si reconciliados Dolores y Mariano, por lo que después sabremos, yo quisiera que as- led...

Fed. Qué?

Car. Que usted, si no está comprometido...

Fed. (tirando la maleta y el gato, y presentándola en mano de rodillas.) Mande usted otra cosa.

Car. Siempre estos hombres hacen lo quieren.

Dix. Viva la felicidad! Ahora á descansar y má- nana á pasar el día alegremente.

Mar. Dónde quiera Dolores.

Don. Dónde mejor, que en la calle de Hortaleza, al lado de nuestro hijo?

Fed. (estando de alegría.) Soberbio! Estupendo!

Con eso llevaré el pavo de mi abuela!

Don. Público amigo, repara

en nuestra pura alegría,

su cuadro moral ampara,

ya que la virtud, hoy día,

es una prenda tan rara!

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.— Aprobada en sesión del 15 de octubre de 1851.— Juan Valero y Soto.— Es copia del original censurado.

Madrid, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.